

(c)

Myriam Reyes

POEMAS

Siempre adentro. No me gusta observar desde fuera. Escarbo en lo oscuro. Con frecuencia no sé lo que busco ni entiendo lo que encuentro, pero no puedo parar de escarbar: todo huele a tierra.

No voy a hablar de cómo hay que escribir. No creo que haya que escribir de ninguna manera en particular. De lo que sí voy a hablar es de por qué lo hago.

Escribir siempre ha sido algo natural y necesario, nunca se me ocurrió preguntarme qué era lo que me movía a ello. Pero me han hecho esa pregunta tantas veces y tantas veces me resultó incómoda y desagradable, que llegué a la conclusión de que merecía la pena meditar al respecto. Creo que al fin he encontrado una respuesta sincera, limpia de pretensiones.

Escribo porque cuando no lo hago estoy como muerta. No valgo nada, soy una cosa deprimida, inconsolable e infeliz. Los otros no lo notan, no hundo a nadie conmigo y nadie tampoco puede salvarme.

Cuando imagino cómo sería mi vida si no volviera a escribir una línea, me aplasta la imagen de una vida totalmente hueca, y me da un miedo más grande que el propio miedo a la muerte, que me abordaba algunas noches, cuando sólo tenía diez años. Le tenía miedo porque imaginaba que la muerte era como estar inmobilizada, con los ojos abiertos en la oscuridad, eternamente, sin posible liberación ni escapatoria.

Escribo y se encienden las luces, no me importa que lo que iluminen sea duro o doloroso, el tiempo empieza a correr de nuevo y mis músculos se tensan.

Voy a enseñarte a vivir

te dejaré tocar mi colección de cáscaras
compartiré contigo las uñas que guardo en los
bolsillos.

Las semillas que nos dieron
son pastillas para dormir
y del ombligo dormidos
nos crecen frutales.
Te daré de comer.

La tierra prometida es cosa de otros
para nosotros la arena.
Un paisaje que cambia con el viento.

* * *

Yo sólo quería borrarte de mi cuerpo.

Nada más.
Buscaba hombres como manoplas de crin para
frotarme con fuerza
hasta eliminar toda la piel muerta.
Desmaquillarme con sus lenguas tu raya de mis ojos.
La máscara de pestañas.

Hombres exfoliantes, purificantes y tonificadores.
Yo no quería comer sus corazones prendérmelos del
pelo hacerles vudú.
Los quise a todos pero ellos
cuando hambrienta comía de sus manos
cerraban el puño
apretando hasta doler
las horas que se escurren entre los dedos.

Me he colocado la venda con cuidado
como un velo de novia
y he caminado hasta el centro del corro
como camino al altar.

La gallinita ciega, la gallinita loca.

Ellos están ahí, pero sólo son fragmentos:
un par de brazos, un ojo abierto, un mentón...

Los voy acumulando.

Quiero hacer un montoncito con todos ellos
para construir mi castillo de arena
y sentarme a esperar la gran ola.
Tan pancha tan loca
como una reina.

* * *

La belleza es un mal. Algo que se te clava
como un gancho de carnicero.
Por su belleza soy un costillar colgado para la venta.
Roja es mi carne cuando le miro vean
cómo me abro de garganta a sexo.
Podría pasar horas goteando
contemplando
la forma de su espalda sobre el colchón.

Y tú aquí, qué haces.
Te has colado entre las juntas mal selladas
y has mojado esta máquina hasta dañarla.
Nunca pensé cuando te vi
con tus nervios tensados
tu mandíbula tus brazos fuertes nunca pensé
que fueras a derramarte.

* * *

Corté los hilos limpié las huellas
detuve todo flujo que pudiera extenderse
del uno hacia el otro.
Barrí tu cuerpo de huesos y carne
fuera de mi cabeza.
Todo lo tibio también todo a la calle.

Y tú sigues repicando
incansable entre los tubos
vacíos de mis arterias.

* * *

Me aplico: estoy borrando tu sexo
—comida para las abejas—
El mundo exterior no puede alimentarme.
Por eso yo
con las fresas magulladas de mis labios
emborrongo tu sexo.
Bajada a bajada lo consigo
me acerco a ese estado de perfección que es
la anulación del sentimiento.

Soy lo que no entiendes
y simplificas.
Lo que no puedes cambiar
y limitas.
Lo que necesitas
y humillas.
Por más que te obedezca
no hago lo que deseas.
Por más que me anules
te lastimo.

* * *

Hay ceniza por todas partes:
en las sábanas
en mi ropa
por el suelo.

Mancha el humo
lo que la ceniza no alcanza.
Arden y arden los papeles que jugamos
dispuestos a pagar lo que sea
por conservar este calor.

* * *

Como los paisajes que se van dejando atrás en la
carretera
borroso estandarte de hombre en la cuneta
así te vas quedando
tan lejos que ya no te distingo.
Al volver la cabeza
sólo veo humear el asfalto.